



## SUMARIO.

A JULIA, por Conde D'Artoux.—INSTRUCCIÓN PÚBLICA, por Carlos Gagini.—DE LA CIENCIA, por Ramón Zelaya.—SONANDO, por Manuel M<sup>o</sup> Flores.—AMOR, por Ernesto Schroeder.—RODOPISA, por Escaligero.—PRISIÓN, por Conde D'Artoux.—EN EL TEATRO, por Angel Pitou.—A MARÍA, por Ramón Zelaya.—LADRONA, por J. Calderón y Puga.—ATJAN, por Miguel Plácido Peña.—ROMANCE CÓMICO, por Vicente Acosta.—EL "FISIOLOGISMO LITERARIO", por F. Gavidia.—COSTUMBRES PUERTORRIQUEÑAS. *El andar de las mujeres*, por M. Fernández Juncos.—DICHAS PASADAS, por Chicho.—LOS TRES JOROBADOS, por A. F. Amy.—NOTAS.

## INSTRUCCION PUBLICA.

En días pasados publiqué en "El Herald" unas notas relativas á la segunda enseñanza, con el objeto de provocar una discusión que me permitiera exponer con mayor extensión y claridad los puntos que allí toco someramente. Como creo que asunto de tanta trascendencia merece ser dilucidado, confío en que las personas competentes lo harán en breve por medio de la prensa, con el interés que inspira todo lo que atañe al progreso de la patria. Hasta ahora no he recibido más que dos promesas de contestación: una de "El Partido Constitucional" y otra de "El Cometa," antes que salgan á luz las contestaciones ofrecidas, voy á tratar aquí de otra cuestión pedagógica que omití por descuido en mi primer artículo.

Me refiero al CONSEJO SUPERIOR DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA.

Si la centralización origina graves males en todos los ramos de Gobierno, ninguno se resiente más de su pernicioso influencia que la Instrucción Pública.

Entre nosotros el Ministro lo es todo, absolutamente todo: él organiza los establecimientos de educación, nombra y cambia los profesores á su antojo, elige las libros de texto, impone los programas, formula las leyes y disposiciones reglamentarias: en una palabra, no deja nada á la iniciativa de los cuerpos docentes que vienen á quedar reducidos á la más completa pasividad. No quiero enumerar los perjuicios que resultan de semejante absorción; sólo recordaré uno, el mayor de todos: la inestabilidad y corta vida de los establecimientos y métodos de enseñanza.

Nunca me cansaré de repetirlo: la opinión de muchos hombres es siempre más acertada que la de uno solo, por sabio que sea. Si cuando se trata de organizar la Instrucción Pública se pidiese consejo á los maestros, si cada innovación, cada reforma se sujetase al estudio esmerado de una Junta de profesores idóneos, los yerros no serían tan frecuentes y las creaciones descansarían sobre bases más sólidas y estables.

Por lo tanto, soy de parecer que el Gobierno debería nombrar cuanto antes un Consejo Superior que juzgue maduramente las resoluciones que se tomen en materia de Instrucción Pública. Mas, á mi juicio, para que ese Consejo surta los efectos deseados, se requieren dos condiciones indispensables:

1<sup>a</sup> que esté compuesto de *maestros* y no de personas que por su profesión no tengan que ver nada con la enseñanza;

2<sup>a</sup> que sea numeroso, para aumentar las probabilidades de buen éxito.

C. GAGINI.

## De la Ciencia.

(A mi distinguido maestro don Carlos Gagini).

Para "Costa Rica Ilustrada".

• I.

Todo término general, como la propia denominación lo indica, recibe varias aplicaciones;—debemos comenzar, por consiguiente, por determinar en qué concepto vamos á tratar del que nos sirve de tema:

Un gran patriarca de la humanidad divide en tres los enemigos con que el hombre, por su propia naturaleza, está destinado á luchar en su vida; enemigos que á la vez constituyen para él traso

tantas necesidades indeclinables: la Religión, la Sociedad y la Naturaleza. La lucha contra la superstición y las preocupaciones sociales es sombría, como el aspecto de una selva en una noche de luna. La lid con la naturaleza es titánica y sublime. La naturaleza, es decir el gran misterio, de un lado; el pensamiento, que es un punto, de otro: el átomo batiéndose por enseñorearse del universo: tal es esta lucha.

En ella cuenta el hombre con una facultad soberana: la generalización. Sin esta función intelectual nos hallaríamos siempre al comienzo de nuestros conocimientos: no habría marcha posible. En virtud de ella, como en círculos concéntricos, va el hombre sucesivamente ensanchando sus conocimientos y aspira á llegar al último que los encierre á todos, que es el gran principio que llamamos Dios. Por la generalización reunimos los conceptos particulares de los objetos en conceptos más y más generales. ¿Cómo se forman estos nuevos conceptos?, por un método muy sencillo: observamos y comparamos las comprensiones particulares de los términos, tomamos los caracteres comunes, rechazamos los que son peculiares á cada uno y con los primeros formamos la nueva idea general. Tal es el procedimiento de la generalización. Por este medio nos vamos remontando de los individuos á las especies, de las especies á los generos, de los generos á las clases, etc.

De este modo clasificamos nuestros conocimientos, y construye el hombre las ciencias particulares, que marcan los triunfos de aquél sobre la naturaleza.

Si de los conceptos de las ciencias particulares partimos, por medio de la generalización, formaremos un concepto general que los comprenderá á todos; una idea universal que, sin ser la de ninguna ciencia particular, expresará, sin embargo, las de todas: á este concepto universal lo llamamos de un modo absoluto *la Ciencia*.

La máxima generalización de las ciencias particulares: tal es nuestro tema.

Por Ciencia se denomina á veces el saber absoluto y universal, inaccesible al hombre. Hácsele también sinónima de Filosofía; pero hechas las anteriores observaciones, no podrá confundirse con lo primero, lo que sería una vana presunción, ni con la segunda, que no es sino una parte de ella.

La Ciencia, tal como aquí la examinamos, es una idea universal formada del epítome de las comprensiones de las ciencias particulares.

Formado su concepto, tratemos de definirla.

## II.

Como de toda idea universal, es muy difícil sentar una definición perfecta de la Ciencia. El cumplimiento de las leyes de toda buena definición se hace tanto más embarazosa cuanto mayor es la comprensión del término definido. De ahí la imposibilidad de definir perfectamente un término individual, puesto que la extensión y la comprensión de los términos están en razón inversa: á extensión uno, comprensión infinita. Y en la infinidad de caracteres de una idea, es preciso elegir los que le son esenciales y peculiares, para que la definición llene su objeto. La variedad de criterios en esta elección, los distintos puntos de vista desde los cuales se pueden examinar las cuestiones y las pasiones de escuela, dan por resultado la diversidad de definiciones de una misma idea. Y así, muchas son las que se han dado de la Ciencia.

Veamos algunas:

"Ciencia, dicen unos, es una serie de verdades sistemáticamente unidas y enlazadas á la luz de un principio.

Esta definición es, en mi concepto, antes que vaga, inexacta: la ciencia así definida no existe. Más bien que el concepto de la ciencia humana tal como es, expresa su idea tal como debía ser: es la definición de la ciencia ideal. Si esa definición fuera verdadera, la Ciencia y el Arte estarían regidas por la misma ley de desenvolvimiento: habría ensanche mas no progreso. Pero es lo triste de nuestra suerte el tener que volver sobre lo andado, rehacer y contrahacer simple lo hecho. ¿No es una presunción humana imperdonable suponer que se ha dado siempre con la verdad? Admitir esta definición es sancionar la infabilidad de la razón, lo cual es un dogmatismo, como otro cualquiera.

Para otros, ciencia "*son conocimientos ordenados*"

*según sus analogías y mutua dependencia*"; ó en otros términos, "*el saber coordinado*".

Hay varias clases y fuentes diversas de conocimientos: los que se reciben sin examen y sin más garantía de su veracidad que la autoridad de otro, sea este otro una persona ó una explicación cualquiera sobrenatural: son conocimientos dogmáticos; y los que se adquieren por un examen profundo de los hechos: son conocimientos *racionales*. No basta, pues, decir que la ciencia "*son conocimientos coordinados*"; es preciso expresar de cuáles hace caudal la Ciencia; hay que determinar el camino que sigue para adquirirlos, etc. De lo contrario la confusión es inevitable: el dogma, que es la antítesis de la ciencia, es también una serie de conocimientos, ordenados á su modo, pero ordenados. Los dos polos opuestos, ciencia y dogma, se hallarán, pues, comprendidos en la misma definición. La peor de todas será la que haga esta confusión.

Veamos los conceptos esenciales de la Ciencia que deben entrar en su definición hasta aquí.

La ciencia, racional y analítica, aspira á que todas sus conclusiones formen "un sistema de verdades; pero está fuera del alcance humano el conseguirlo de un modo absoluto; y aun siendo factible, casi pudiera negarse la posibilidad de comprender cuándo se ha conseguido. El escepticismo, negando á la inteligencia humana un criterio invariable é infalible sobre la verdad científica, la obliga á replegarse en su propia esencia y á buscar un punto de apoyo para la gran palanca motora del mundo indefinido de la Ciencia. Cree hallar este primer principio, y de ahí emprende su marcha magistral y orgullosa, considerándose ya dueña de la lógica eterna. A este primer principio, base de la Ciencia, es al que se refiere la primera de las definiciones que hemos apuntado, á la luz del cual dice que se enlazan las verdades científicas. Sin embargo es nuestra herencia la debilidad; la razón, en su marcha, tropieza y cae continuamente. Si vislumbra la lógica inflexible de la naturaleza, como el soñador entrevé su genio en el fondo de la noche, no debe tener la vanidad de creerse en posesión de ella: la experiencia atestigua su falibilidad eterna; y aún muy dichosa si la historia no lleva la duda sobre todas sus conclusiones.

Hay, sin embargo, en toda ciencia verdades fundamentales y evidentes, que expresan leyes fijas á invariables de la naturaleza; la duda con ellas nada puede: tienen la forma esquemática de la verdad y á ellas se adhiere la razón invariable y fatalmente. Dudar de ellas es completamente imposible: antes sería preciso dudar de todo, hasta de nuestra propia existencia. Los axiomas, como lo sublime, se imponen universalmente. El ideal de la ciencia es que todas sus conclusiones tengan esta fuerza, pero como todo ideal, sólo á medias lo consigue.

La verdad es lo absoluto, lo invariable, lo eterno en el tiempo y el espacio: cuando se llega á ella no hay que volver atrás: ¿para qué? Si la ciencia fuera un sistema de verdades, tendría siempre la vista hacia adelante: nunca vería para atrás: sería una falange impenetrable, una gradería de granito con que se escalaría el cielo: mas esto no es para ella sino su eterna aspiración. Bienaventurado el hombre si siempre su razón marchara así.

¿Hemos de concluir de lo dicho que ninguna conclusión científica merece fe de verdadera? No, ya insinuamos antes que hay principios ciertos y verdaderos sobre toda ley humana: ¿pero lo son todos así? Conclusiones hay que no tienen de verdaderas más que la apariencia: ¿Cuál es la causa de las grandes discusiones, de las cuestiones grandes que dividen á la totalidad de sabios de todo el mundo y de todos los tiempos como en dos falanjes opuestas? Cada una las resuelve á su manera; en uno y otro lado está la razón luchando; la verdad es una y cada contendiente se cree en posesión de ella.

Nó, es imposible dar siempre y directamente con la verdad. La ciencia ha descubierto un camino para llegar á ella, que es el *método*. Lo aplica, y al fin de su carrera aparece gananciosa con la pepita de oro en la mano. Pero . . . . si la naturaleza tiene un yo, un algo así como alma mensuradora que dirige el combate contra el hombre, ¿cuantas veces se reirá triunfante de esa pueril satisfacción científica! La experiencia hace desconfiar de esos triunfos. Sin embargo, la ciencia, con toda buena fe y la confianza basada en su pro-

cedimiento y en su marcha, guarda su conclusión como verdadera. Mas bien así como una manzana sazona y excitante se pudre, á poco andar, en la frutera, por sí solos se destruyen esos principios y son substituídos por otras que parecen acercarse más y más á la verdad.

Sin embargo, todas estas conclusiones tomadas primero por *verdaderas* y que vienen á resultar tan sólo *ciertas* para nosotros, tienen cabida en la ciencia: luego, ¿será ésta una serie de verdades? He aquí, pues, el defecto de las definiciones anteriores: la ciencia no solamente se compone de conocimientos *verdaderos* y *ciertos*, sino también de conocimientos que son tan sólo *ciertos*. La adquisición racional es lo que da á los conocimientos el carácter de científicos.

Por lo demás, todo está en el deslinde de los términos *certeza* y *verdad*.

Entre una y otra dice el P. Balmes que "hay relaciones íntimas; pero son cosas muy diferentes. La verdad es la conformidad del entendimiento con la cosa. La certeza es un firme ascenso á una verdad *real* ó *aparente*".

"La certeza, continúa, no es la verdad; pero necesitamos al menos la ilusión de la verdad. *Podemos estar ciertos de una cosa falsa*; mas no lo estaríamos, si no la creyésemos verdadera".

Veamos si hay una definición que comprenda todos estos conceptos.

Aunque es imposible separar el estudio de un objeto tal como este es en sí del concepto que de él se forma el sujeto que conoce, se puede, por fuerza de abstracción, separar lo uno de lo otro. El toque de una buena definición está en expresar el concepto subjetivo, al concepto objetivo y la relación entre los dos. Si comenzamos por el segundo, hemos de notar que en lo que están de acuerdo todas las definiciones y lo que el sentido común nos enseña es que la ciencia es, no una serie de verdades, sino de conocimientos enlazados entre sí, de manera que formen un todo armónico, es decir, que formen un *sistema*. Dejando á un lado la consideración de que todo conocimiento supone dos elementos indispensables, el objeto y el sujeto, podemos decir que esta concatenación necesaria es una condición formal y objetiva de la Ciencia.

Si atendemos al grado de asentimiento que han de merecernos los conocimientos para que sean conceptuados de científicos. han de ser, en todo caso, *ciertos*. Como estos además pueden ser verdaderos, haremos la distinción del saber científico en conocimientos *ciertos* y *verdaderos* y conocimientos sencillamente *ciertos*.

Si en el terreno de la ciencia se admite la distinción de la verdad en *verdad real* y *verdad aparente*, el deslinde anterior me parece que no tendrá lugar; pero como la ciencia aspira eternamente á la *verdad* absoluta, me parece necesario hacerlo.

G. Tiberghien parece expresar los conceptos que dejamos apuntados en la definición que formula: "Ciencia es un sistema de conocimientos verdaderos y ciertos". Pero como él entiende por *certeza* "la verdad reconocida como tal según examen, ó sea, la conciencia que tenemos de la verdad", me parece que en el fondo viene á expresar lo mismo que las anteriores definiciones. Además, y dicho sea de paso, creo que, si la *certeza* siempre "es la verdad reconocida como tal según examen", en la definición anterior incurre en una repetición innecesaria, puesto que era suficiente con la insinuación de que se trataba de un sistema de conocimientos *ciertos* simplemente.

Pero nó; no es ese de M. Tiberghien el verdadero concepto de la *certeza*: Ya apuntamos el que de ella tiene el P. Balmes, que es el que comúnmente se tiene por verdadero y el que acepta nuestra razón.

Como aclaración á su definición agrega G. Tiberghien que "los caracteres del conocimiento científico son la verdad y la certidumbre". No hay más diferencia, por consiguiente, entre esta definición y las anteriores, que la explicación que trae ésta y falta á aquéllas de que la verdad de todos los principios científicos ha de ser *cierto*, es decir, "reconocida como tal según examen". Por consiguiente, aun queda en pie la objeción que dejo apuntada contra las definiciones dadas de la Ciencia. Si bien es cierto que los principios en que se anuncian las leyes invariables de la materia ó de la naturaleza, tienen el carácter y son reconocidas como una verdad absoluta, también lo es que no siempre se consigue penetrar bien en la esencia de

los cuerpos y enunciamos juicios falsos que nosotros conceptuamos de verdaderos. ¿No sería ridículo en la ciencia que sentando un principio como absoluto y universal, viniera el tiempo á sacarla mentirosa y á probar que su apotegma era transitoria? Veamos un ejemplo:

Primitivamente explicaba la Ciencia el fenómeno de la combustión por la existencia del gas deflogístico en los cuerpos: después se vió que era ésta una explicación insuficiente y en 1773, con Lavoisier, pasando el codo á lo anterior, pretendió haber llegado á la verdad. Lavoisier la definió y explicaba diciendo que era la "combinación de un cuerpo combustible con el oxígeno".

¿Era esta la verdad absoluta? La ciencia así lo creía. Sin embargo, posteriormente se ha observado que sin necesidad de oxígeno se puede efectuar la combustión, por ejemplo, calentando un poco la mezcla de azufre en polvo con limadura de cobre.

La ciencia ha borrado, pues, el principio de Lavoisier y lo ha substituído por la explicación de que la tal combustión no es sino la *combinación de cuerpos distintos con desprendimiento de luz y de calor*. ¿Podrá decirse que esta es la última explicación de este fenómeno? Quizá esté destinada, como las otras, al olvido: mientras tanto, la ciencia estudia. ¿Qué confianza podrá tener ésta de que la conclusión á que ha llegado es la definitiva, es decir, que es la verdad? El *Método*, contestan, es el que da esa seguridad. ¿Y qué es el *Método*? Por tal entiende Descartes, "las reglas ciertas y fáciles que, seguidas rigurosamente, impedirán se suponga nunca lo que es falso y harán que, sin consumir sus fuerzas inútilmente y aumentando gradualmente su ciencia, el espíritu se eleve al conocimiento de lo que es capaz de conocer".

Para Condillac, el método que lleva inflexiblemente á la verdad, consiste simplemente en dejar obrar á la naturaleza é imitar exactamente su procedimiento en todas nuestras investigaciones. No siendo "las reglas ciertas y fáciles", á que se refiere la 1ª definición, otra cosa que las leyes de nuestras facultades intelectuales, dicen en el fondo las dos definiciones la misma cosa. El tal método tomado por la ciencia por criterio de la verdad, viene á ser colocado por la experiencia en la categoría de las utopías.

Para justificar á la ciencia el que tome por criterio de la verdad el método de sus investigaciones, fuera preciso seguir "*rigurosamente*", las reglas prácticas que expresan las leyes de nuestra inteligencia. ¿Mas siempre es esto posible? La experiencia y nuestra debilidad protestan unánimes contra esta afirmación.

Nadie niega que el camino marcado por el *método* conduce á la verdad infaliblemente; sólo sí hay que dudar de la posibilidad de seguirlo invariablemente. Esto es lo que da á entender el mismo Condillac al insinuar que "podemos incurrir en equivocaciones, porque se hallan en nuestro camino; pero este camino es el de la verdad".

Por consiguiente, es preciso que desaparezcan antes esos tropiezos, para que el ¡Eureka! de la ciencia sea inamovible é invariable, como la verdad.

Pero mientras existan esos obstáculos irremediables, mientras padezcamos equivocaciones sin caer en la cuenta de ello; mientras que dirigiéndonos al error esperemos llegar á la verdad, habremos de resignarnos á la duda. ¡La duda!: tal es el lema de la ciencia. Si se quiere concluir de aquí que proclamo el Escepticismo, distingamos: Hay un escepticismo absoluto, el pirroniano, que comporta á nuestro espíritu la sombra negra y el caos: niega en absoluto toda existencia. La razón, en los apóstoles de esta doctrina, ha desarrollado fuerza tal, se ha desenvuelto de un modo tan monstruoso, que se ha superpuesto á la naturaleza y al instinto. Es una teoría tan negativa, que así propia se destruye, como una serpiente rabiosa que se fuera devorando por la cola.

Hay otro escepticismo racional, que profesa á la verdad amor tan hondo, que tras ella anda eternamente, en todas partes la busca y por eso todo lo examina. Este es el escepticismo científico, el escepticismo racional, fuente de todo progreso. Para marchar, para andar, preciso es comenzar por la duda. Todo mortal, por su propia condición, está en el deber de profesar esta doctrina, que es la manifestación del discernimiento. El desgraciado en quien la duda no forma parte de su esencia, es un blasfemo: está perpetuamente protestando

contra el Creador, por haberle endiosado con la luz de la razón.

De todo lo que dejamos expuesto podemos deducir y formular la definición completa de la Ciencia:

Apuntamos como condición objetiva de dicha definición el enlace sistemático de los conocimientos y sólo nos restaba expresar el grado de asentimiento que éstos debían merecernos. Hemos visto cómo es imposible á la razón el ir soltando de verdad en verdad continuamente y enlazar unas con otras para formar la cadena de la ciencia, bien como el joyero va engarzando impasiblemente cuenta tras cuenta para hacer un collar. Es menos vanidoso y más en armonía con nuestra habilidad apuntar como carácter esencial del conocimiento científico, no de un modo absoluto la *verdad*, sino la *certeza*. Todo principio que tenga acceso en la ciencia ha de ser forzosamente *cierto*, es decir, adquirido analítica y racionalmente; puede ser verdadero ó no, pero esto no obsta para que sea conceptuado de científico. Tan es así, que las verdades adquiridas sin exámen y por mero instinto, no tiene lugar en el cenáculo augusto de la ciencia. Si definimos ésta, pues, diciendo que es un *sistema de conocimientos ciertos*, expresaremos todo y nada más que lo definido.

A esta definición llegamos, conducidos por la simple observación; es la que nos parece más simple y, á la par, la más exacta.

(Continuará).

Julio de 1891.

RAMÓN ZELAYA.

## SOÑANDO.

NOCHE te soñaba, vida mía,  
Estaba sólo y triste en mi aposento,  
Escribía... no sé qué; mas era algo  
De ternura, de amor, de sentimiento,  
Porque pensaba en tí. Quizá buscaba  
La palabra más fiel para decirte  
La infinita pasión con que te amaba.

De pronto, silenciosa,  
Una figura blanca y vaporosa  
A mi lado llegó... Sentí en mi cuello  
Posarse dulcemente  
Un brazo cariñoso, y por mi frente  
Resbalar una trenza de cabello.  
Sentí sobre mis labios  
El puro soplo de un aliento blando,  
Alcé mis ojos y encontré los tuyos  
Que me estaban, dulcísimo, mirando.  
Pero estaban tan cerca que sentía  
En yo no sé qué plácido desmayo,  
Que en la luz inefable de su rayo  
Entraba toda tu alma hasta la mía.

Después, largo, suave  
Y rumoroso apenas, en mi frente  
Un beso melancólico imprimiste,  
Y con dulce sonrisa de tristeza  
Resbalando tu mano en mi cabeza  
En voz baja, muy baja, me dijiste:  
—"Me escribes y estás triste  
Por que me crees ausente, pobre amigo;  
Pero ¿no sabes ya que eternamente  
Aunque lejos esté, vivo contigo?"

Y al despertar de tan hermoso sueño  
Sentí en mi corazón plácida calma;  
Y me dije: es verdad... ¡eternamente!....  
¿Cómo puede jamás estar ausente  
La que vive inmortal dentro del alma?

Manuel M. Flores.

## AMOR.

Para COSTA RICA ILUSTRADA.

Ya puede desatar su furia impía  
El destino que rige mi existencia,  
Y pueden abrumarme noche y día  
Del mundo la maldad y la inelencencia,  
Que el alma cuando se halla sosegada  
Por el amor de una mujer virtuosa  
Desafia la suerte despiadada  
Y se burla, sonriente y venturosa

De la fortuna adversa y malhadada.  
 El amor verdadero retornado  
 Es el brazo que salva del abismo,  
 Es el ángel que Dios ha destinado  
 A librarnos del mal y del cinismo.  
 Para el amor los grandes sacrificios  
 Se convierten en dichas y en venturas;  
 El destierra del alma inmundos vicios  
 Y engendra en su lugar ideas puras.  
 El amor es la prueba palpitante  
 De la existencia de algo sobrehumano;  
 Un alma que ama con fervor constante  
 Penetra del Eterno el hondo arcano;  
 Para el amor, la adversidad y el duelo,  
 Son barreras que salva con sus alas.....  
 Deja atrás las maldades de este suelo  
 Y se remonta á las etéreas salas.  
 El amor es humilde y transigente,  
 Y perdona con gusto las bajezas,  
 Porque como Dios mismo, es consecuente,  
 Y como él, considera las flaquezas.  
 Sin el amor no existiría el hombre,  
 Pues sin su influencia el bien perecería,  
 Y la virtud sería sólo un nombre,  
 Y sin virtud, la luz se extinguiría,  
 Que alumbraba de los seres la conciencia  
 Y todo lo que es noble y verdadero,  
 Y que alienta las artes y la ciencia  
 Lanzaría su esfuerzo postrimero.

ERNESTO SCHROEDER.

17[7]91.

## RODOPISA.



INORAH siempre fué una mujer pura y virginal. En sus labios carmíneos y perfumados, en donde aleteaban los besos, había todo el fuego de la poesía oriental y en sus ojos alegres y decidores, se revelaba una alma grande y hermosa, capaz de cualquier sacrificio.

Sus mejillas robaron á la rosa su color y en su frente fresca y pura, morada de risueños é inmutables pensamientos, se había condensado la primavera de los trópicos. Ella misma no se explicaba cómo era. A veces concebía ensueños de oro y rosa y lloraba con la cándida paloma la cautividad de su nido; y otras se confundían en su cerebro irritado todas las armonías de los cielos confundidas con las tempestades del océano.

Si bailaba, la palmera americana se retorció de envidia al ver aquel tallo esbelto y gracioso, flexible como un junco de Viena; si estaba quieta, la estatua griega admiraba sus perfiles y sus líneas. Cuando se sentaba al piano, el ángel de la armonía temblaba bajo sus manos y sus gorgoritos en una música de Chopín eran los del mirlo saltando de rama en rama al saludar la aurora.

Un día la dije: Tengo un tesoro para tí, mi linda Zulamita.

Y ella inclinando la cabeza, como queriendo ocultar los primeros arboles del pudor,—yo tengo otro para tí, me contestó.

Desde entonces mi alma boga en pleno océano del ensueño y sufro también la enfermedad que llevaba Garcín en el cerebro, según el cuento azul de Rubén Darío.

Zulamita ven! le decía á menudo, ninguno te quiere como yo, tengo cuentos árabes y moriscos que contarte y leyendas divertidas de la histórica y poética Granada.

Ven á mi hogar humilde y sencillo, formado con las pajas que me trajo tu linda avecita cuando le diste libertad de tu jaula de oro.

Es el tiempo del ensueño y del amor, de las flores en la campiña y de los murmurios en el ramal umbrío.

Aquí junto á mi hogar está la alondra triste que entona himnos á la aurora y acecha el nido del turpial. Aquí la reja de los amantes enamorados, el puente que cruzábamos juntos para ir á

ver en el estanque los cisnes y las ánades en sus coloquios amorosos, la estrella tibia de la tarde que besaba tu frente alabastrina cuando asomabas por entre las enredaderas de aquella casita de balcón llena de recuerdos y humedecida por tantas lágrimas.

Apresúrate, hermosa lágrima del cielo, no temas al beso del simoun arrasante ni á la caricia del cierzo abrumador.

Ven, dulce sollozo de mi alma, nota triste y doliente del yarabí, ven á mi hogar humilde y sencillo formado con las pajas que me trajo tu linda avecita cuando le diste libertad de tu jaula de oro.

No tardes: mira que en el bosque los pájaros ya no cantan y se mueren de tristeza, ni céfiro rendido y cariñoso besa á las flores ni les cuenta sus secretos.

Apresúrate, mi linda Zulamita, antes que la noche nos haga sus primeros saludos y la luz de algunas estrellas comience á luchar con las brumas del crepúsculo.

Tengo un cuento para tí, cuento azul y divertido, en que una mujer llamada Rodopisa ostentó sobre su frente una corona salpicada de finísima pedrería y se bañaba en aguas y perfumes olorosos que le traían de la Persia sus fieles servidores.... pero ven, si vienes te lo cuento: tu corazón recibirá un baño de alegría.

Sí, ven mi linda Zulamita; y tú, Rodopisa, ven é inspírame tu cuento para contarlo mejor á mi amada; ven y dime cómo fué que el rey se enamoró de tu lindo zapatito cuando envuelto en hermosa nube, que semejaba amplio manto de levisima dorada gasa, llegó á su regia morada; cómo fué que te vió en una tarde primaveral, cuando el cielo lucía todos sus colores y las brisas se paseaban amorosamente por las calles como en busca de un choque con la frente de alguna hermosa.

Apresúrate, no hay brumas ni celos á mi lado; cuéntame tu historia, que mañana cuando amanezca el día, talvez no oíré tu voz de ángel y tengas que asistir á los funerales de un corazón!....

ESCALÍGERO.

## PRISION.

A mi amigo Alberto Rodríguez.

Que cante quieres amigo,  
 Que temple yo mi laúd,  
 Cuando he pedido un abrigo  
 A la paz del ataúd?

Hoy que pensativo y triste  
 No siento amor ni pasión,  
 Cuando angustiado se viste  
 De luto mi corazón?

Mas si lo quieres, la historia  
 Escucha de mi penar,  
 Y guárdala en la memoria  
 Porque así la has de contar:

Cuando en las noches yo siento  
 Retirado en mi prisión  
 Mi amargura y mi tormento,  
 Oigo el murmullo del viento  
 Que repite: "Concepción."

Entonces, amo la vida,  
 Quiero entonces libertad,  
 Recobro la paz perdida,  
 Siento el alma conmovida.  
 Y todo es felicidad.

Cuando la noche se asoma  
 Con su lúgubre capuz,  
 Me arrulla á mí una paloma,  
 Y de ella mi mente toma,  
 Su inspiración y su luz.

Tú no sabes quien es ella,  
 Quien alivia el corazón?  
 Ay! amigo, esa es mi estrella,  
 La encantadora, la bella,  
 La sublime Concepción.

Dile amigo que suspiro  
 Sin ilusión, sin amor,  
 Que frenético deliro  
 Cuando encerrado me miro  
 En la mansión del dolor.

Y dile que cuando escucho  
 De las aves el trinar,  
 Con mi misma mente lucho  
 Y he llorado mucho, mucho  
 De mi sueño al despertar.

Y dile.....callar prefiero  
 Y entregarme á mi dolor,  
 Que el acento lastimero,  
 No se oye del prisionero  
 Ni hay quien le ofrezca su amor.

CONDE D'ARTOUX.

## EN EL TEARO.

Á MERCEDITAS.



H! yo no sé lo que siento cada vez que te veo en el templo de Talía. Á veces me pareces una deidad bajo la figura humana. Haces muy bien en vestir de ese color. Azul es el cielo de Italia, azul el Mediterráneo, el mar histórico, en cuyas orillas se han inspirado tantos poetas, azul también es la pupila de casta y pudorosa virgen, como los cuentos de Rubén Darío, el poeta galante y enamorado.

La Eva de Milton era rubia como Ceres y llevaba un cordón azul pendiente de su cintura esbelta y graciosa. Las Magdalenas de Leonardo de Vinci las pintan muchas veces con túnica azul. ¿Qué de extraño, pues, que tú, niña gentil, lleves ese color y tengas la mirada así, cuando con tu carita bien se puede remendar un pedazo de cielo? Ah! mi alma triste, anochecida, vuelve hoy á la vida, á las armonías que ofrece el niño ceguezuelo y maligno en sus fiestas alegres y bulliciosas.

Amo el pasado por que fué la fecha hermosa en que te conocí, amo el presente por que vives tú y me aliento con la luz de tus ojos, y amo el porvenir por que él me augura promesas de bendito amor, de lisonjeras esperanzas, de anhelos nunca satisfechos.

Bien me acuerdo del año que corría; y sobre todo, de aquella tarde plácida y serena, como desmayo de rosa en el jardín. Tú estabas á mi lado. Silenciosa te ví sonreír y de tus labios oí aquella promesa sagrada, que sin cesar repite mi amante corazón.

Yo perdí la calma y loco de pasión, enamorado de tu hechizo, no sé lo que sentí, mi alma fué presa de un frío glacial, de un soplo abrasador, de algo así como mezcla extraña de fuego y hielo. Desde entonces te amo con fe sagrada, con amor puro y celestial y creo ¡bendita creencia! que tú me llevarás al paraíso de mi dicha tantas veces soñado, al palacio de mis mágicos ensueños, al concierto alado y voluptuoso de flores, aves y aromas; y entonces tendré un cielo azul recamado de estrellas, y no seré ya mi tumba; mis días se

revestirán de púrpura y oro y el horizonte de mi dicha lo veré claro y risueño como aquella tarde venturosa en que te conocí. Sí, mi niña gentil, conserva cariñosamente en tu memoria aquel recuerdo feliz.

Amar es vivir. Y el que no ama, no merece ser tenido en el gran concierto del mundo como un sér racional.

Ámame por piedad! . . .

ÁNGEL PITOU.

## A María,

Te forman una aureola  
belleza é inocencia,  
fecunda inteligencia  
irradiación te da;  
te adorna de las musas  
la celestial poesía;  
tu nombre de MARÍA  
glorificado está.

Las sílfides en coro  
cerniéndose en tu cuna,  
quisieran una á una  
ornarte de una flor:  
te dió una su sonrisa,  
que es brisa embalsamada;  
te dió otra su mirada  
que es chispa del amor.

San José, 14 de Julio de 1891.

RAMÓN ZELAYA.

## Ladrona

**N**O te lo puedo negar:  
eres sumamente hermosa;  
mas yo te quiero probar  
que no te debes mostrar  
por cosa tal, orgullosa.

Otro sí: que ese dechado  
de gracias que tu persona  
atesora, lo has robado:  
luego que lo haya probado  
te voy á decir: "ladrona".

No importa que tus enojos  
por hoy provoquen un coplero;  
yo sé que después, de hinojos,  
él te dirá entre sonrojos:  
"Bella ladrona, te quiero".

Propuesta así la cuestión  
ya no puedes esquivarla:  
hazte la firme intención  
de contestar en razón,  
y vamos á examinarla.

Contesta: la lumbré bella  
que en tus dos pupilas arde  
triste como una querella,  
¿no la robaste á la estrella  
de la oración de la tarde?

Ese azul fosforescente  
de tus ojos, soberano,  
¿no es el azul trasparente  
del cielo resplandeciente  
de una tarde de verano?

Esa blancura encantada  
que luce tu faz serena  
dime ¿no ha sido robada  
y vilmente defraudada  
á la pálida azucena?

Tus cabellos . . . un tesoro  
de belleza sin segundo;  
no lo ignoras, ni lo ignoro:  
son un haz de rayos de oro  
robado al sol moribundo.

Ese labio encantador  
de tu boca perfumada  
¿no robó con el color  
también aroma á la flor  
sencilla de la granada?

Ese cuello tornéado,  
tu seno que apenas asoma  
palpitante y agitado,  
dime ¿no lo has robado  
á la cándida paloma?

Ese piesecito breve  
que mil delirios engendra,  
¿quién á decir no se atreve  
que es un pedazo de nieve  
modelado en una almendra?

En suma, todo conspira  
á probar que nada es tuyo.  
Aquí tienes por qué admira  
verte vanidosa; mira:  
no le hagas caso al orgullo.

Piensa en el pobre coplero  
que al criticar tu persona,  
también te dice sincero:  
"Róbame, que yo te quiero,  
hermosísima ladrona!"

J. CALDERÓN Y PUGA.

## ATJAN.

(LEYENDA)

I.

**N**uevo Cain, Atján mató á su hermano,  
Y, al sacudir la sangre de su hermano,  
Su mano en una piedra se posó,  
Y en ella, al producir leve chasquido,  
Atján creyó escuchar hondo gemido  
Que la piedra lanzó.

II.

Atján corrió por valles y por sierras,  
Buscó un asilo allá en lejanas tierras  
Y un asilo no halló;  
Y cuando más pensó que se alejaba,  
Su pavoroso crimen le arrastraba  
Donde á su hermano hirió en el corazón.

III.

Llegó por fin: donde pasó su mano  
Manchada con la sangre de su hermano,  
Un cárdeno murciélago encontró:  
Su horrible imagen se clavó en su mente,  
Y, temblando hasta dar diente con diente,  
Cayó cadáver á la luz del sol.

IV.

Al erguirse las sombras soñolientas,  
Rodeaban á Atján aves hambrientas  
Sin querer acercarse por temor  
A un espectro que allí permanecía  
Custodiando el cadáver del que un día  
Fue hermano de su sangre y de su amor.

V.

El espectro, con voz áspera y hueca,  
Dijo, al hacer una espantosa mueca,  
Al círculo de cuervos:—"Os le doy  
Con tal de que me deis á mí el derecho  
De poseer lo que en su inmóvil pecho  
Halléis: el corazón!" . . .

VI.

Comenzaron los cuervos sin tardanza  
Su oficio destructor, con la esperanza  
De muy pronto saciar su hambre feroz;  
Mas todos tristemente se alejaron  
De Atján, cuando en el pecho le encontraron  
Negro guijarro en vez del corazón.

VII.

Sabed—dijo el murciélago, que estaba  
Sobre la peña y estático miraba  
Aquel cuadro sombrío,—que hay un Dios  
Que, al corazón del hombre que asesina,  
El rayo de su cólera fulmina  
Y le trueca en guijarro el corazón!  
A aquél que, como Atján, mata á su hermano,  
Le han de buscar el corazón en vano  
Los hombres y las bestias! . . . ;Hay un Dios  
Que al corazón del hombre que asesina,  
El rayo de su cólera fulmina  
Y le trueca en guijarro el corazón!!!

MIGUEL PLÁCIDO PEÑA.

## ROMANCE CÓMICO.

**S**é de un bardo enamorado

á quien su novia engañó,  
dando al olvido promesas  
y juramentos de amor:  
que amó mucho y sufrió mucho,  
víctima de una pasión,  
y que al cabo, triste, enfermo,  
para ahuyentar su dolor,  
su honda angustia en la algazara  
de la orgía sumergió.

Desde entonces, pobre bardo,  
desangrado el corazón,  
en el festín canta y ríe  
como un loco, y lleva en pos  
de sí, la sombra doliente,  
el cadáver de su amor;  
y ha aprendido muchas cosas,  
muchas cosas que ignoró,  
viendo en la humana comedia,  
de que es cada hombre un actor,  
¡ay! tanta alma envenenada  
por la hiel de la traición,  
tantas frases mentirosas  
y tanto engaño amor!

Y no extrañéis si él en brazos  
del torrente se entregó,  
y si en la humana comedia  
es hoy excelente actor:  
que sabe usar como nadie,  
porque nadie le enseñó,  
la máscara de la risa  
para encubrir su dolor.

Vicente Acosta.

## El "fisiologismo" literario.

**T**ODA, ó casi toda la literatura de la mitad del siglo para acá,—es decir, la que constituye la reacción en contra de la escuela fundada por Chateaubriand, Lamartine y Víctor Hugo,—está contagiada de un error filosófico que un día será apreciado en sus fatales consecuencias y que por mucho tiempo se ha sostenido por su espíritu de novedad y con frecuencia por su escándalo.

Al decir que es una reacción de la escuela que se llamó romántica, nosotros hemos pensado que podría darse al concepto de estas palabras una significación demasiado lata y vamos á limitarla.

La escuela moderna,—conocida con el nombre de *naturalismo*, *realismo*, *decadencia* etc.,—debe á la escuela á que ha tratado de sustituir, lo que tiene de literario y de artístico.

Á quien más debe desde luego es á Víctor Hugo. Un observador de mediano gusto y conocimiento de estilos observará que el procedimiento descriptivo, cincelador, de los *naturalistas* es, debilitado, el mismo de Víctor Hugo.

Cuando Zola, dando á entender que el poeta del siglo decaía en sus últimas obras, escribió: "Zapateamos en un fango de chocheses",—pudo decirse que la frase de Víctor Hugo se volvía contra él mismo. En efecto, ese modo de decir, si no es del maestro, es reflejo del del maestro. Los escritores notables del siglo XIX, difícilmente podrán escribir contra Víctor Hugo sin que para ello no usen de su tono, inflexión, énfasis y forma de silogismo.

El discurso pronunciado últimamente por Dumas hijo, en que hace un juicio, si original, ofensivo, del gran poeta; elegante, lleno de novedad, ruidoso, pero sofisticado y pobrísimamente de sensibilidad,—ese discurso recuerda por sus frases lacónicas y cinceladoras, sus retruécanos y antítesis, el discurso de recepción de Víctor Hugo, cuando habla de Napoleón y de La Mercier.

Un grande y sincero escritor italiano ha dicho en pocas palabras, cuál es la influencia de Víctor Hugo en las letras modernas; son éstas:—"se puede huir de Víctor Hugo; pero su sombra siempre nos cae encima". (D'Amici.)

Habría quien no lo haya leído; y quien leyéndolo se ponga, al escribir, no deberle nada,—jamás lo conseguirán. La construcción de todas las lenguas civilizadas algún cambio han experimentado á su influjo. Fórmula profunda, la

suya, para concebir y darle cuerpo á la idea, la lógica natural que vive en el corazón de todos los idiomas reclama su simplicidad de concepción en la idea, su llaneza ingenua en la forma; su claridad de exposición, su encadenamiento en la urdidumbre de las palabras.

Zolá, Dumas hijo, Flaubert, etc., etc., le deben el poder descriptivo mal empleado á que deben su celebridad.

La reacción ha estribado en que la filosofía del maestro ha sido falseada para combatirle á él y aun sus tendencias.

El descendió á las últimas capas sociales, á los arrabales, á los presidios, á la alcantarilla, al burdel; hizo hablar en su calor á la miseria; lo exhibió todo; pero hizo todo esto como lo haría la hermana de caridad, guardado y amurallado en una atmósfera de fuego, capaz de purificar todo contacto.

Ahora ved lo que hacen los que lo falsifican: donde él llevó la observación sin sacar consecuencias incongruentes, ellos encuentran las más precipitadas conclusiones: á lo que él aplicó la sola ciencia que pueda avenirse con las bellas letras, la verdad relativa, ellos aplican el criterio que ha sido la plaga de las ciencias de observación, el deducir sin plena prueba, conclusiones absolutas; donde él ejerció el buen sentido de todos los siglos, que toma los datos que suministra la naturaleza interpretada ingenuamente por la razón, ellos ejercen la sutileza anticipando deducciones sobre las que la naturaleza ha guardado profundo secreto: mientras él interpretaba á la Providencia en el idioma murmurado siempre por la conciencia humana, ellos han creado el dialecto salvaje de la fatalidad, que confunde con la teoría de la enfermedad la teoría del remedio.

Ellos han tomado para sí el valor con que él afrontaba las preocupaciones y los intereses enfurecidos de la sociedad mal edificada: Zolá sobrelleva con estoicismo, según dicen, la protesta universal que despierta en el fondo de la conciencia humana la depresión moral que resulta de su filosofía. Víctor Hugo dió el ejemplo de esta constancia: pero lo que en Zolá está sujeto á mil dudas, en Víctor Hugo era evidente: lo que en Zolá es tesón de bucanero, en Víctor Hugo era serenidad de apóstol.

La desnudez bíblica, la ingenuidad brusca, resultado de fines altísimos, de lo que podemos llamar un panteísmo espiritualista, era en Víctor Hugo un toque tan accesorio de sus cuadros, que cuando da ese toque, siempre va sometido á una idea que eleva por sobre él el espíritu.

La desnudez, en Víctor Hugo, es un resorte muy secundario: el drama, la pasión, la verdad, esas reverberaciones están siempre sometiendo el detalle al conjunto, como el espíritu debe llevar la brida constantemente á la materia.

En Zolá esa desnudez es el procedimiento principal; y eso es la pobreza más evidente de la nueva escuela. Las impresiones que hace le cuestan muy barato. Lo que la Ristori hace con una mirada, el efecto, es conseguido por una bailarina con un salto. Qué distinto es el uno del otro arte! Esto en cuanto al procedimiento literario; queda la cuestión capital y lo que podemos llamar la filosofía de una escuela: el aliento que anima todo un mundo de ideas; la lógica que vincula palabra á palabra, idea á idea, pensamiento á pensamiento, página á página, libro á libro.

Aquí encontramos, como queda apuntado, cierto paralelismo entre la filosofía de los naturalistas y la de sus grandes predecesores.

De una vez por todas descartemos á los decadentes de la cuestión, dedicándoles pocas palabras.

Se conoce el maravilloso lenguaje de Víctor Hugo. Se reconoce además que la forma no es lo principal en sus escritos; sino el vestido necesario á sus ideas. No hay palabra sin idea ni idea sin palabra; pero se distingue en un escrito cuál es lo principal, y es muy posible expresar una idea por el solo objeto de exhibir una palabra. Gran número de decadentes hacen esto. Los peores de ellos son los que utilizan las ideas y con ellas las combinaciones de las palabras. En Víctor Hugo hay un gran fin, una tendencia gigantesca, un carácter literario, un principio general, un sentimiento madre, que va del detalle al conjunto, del plan de una obra á la estructura de una frase, resultando el todo sorprendente y avasallador porque es sublime y sencillo. La rareza de la expresión es en él puro accidente. Este accidente es el principio de los decadentes. Como no tiene un conjunto de ideas, un todo de concepción á que adherirse, la literatura de los decadentes es un encaje más ó menos chinesco; falta lo principal: la falda. Este encaje es un remedo de aquella menuda vegetación que orla con frecuencia los derrumbaderos de la montaña.

Montaña "cuya sombra" como dice D'Amicis,—alcanza también á los decadentes.

Víctor Hugo ha declarado que en sus tres grandes novelas se ha propuesto denunciar tres fatalidades. La fatalidad religiosa en *Nuestra Señora*; la fatalidad social en *Los Miserables*; la fatalidad de la naturaleza, ó digamos, de los elementos, en *Los obreros del mar*.

De la fatalidad religiosa salió vencedor el hombre; de la social y cósmica salió vencedor. Sus demás obras han dilatado este vasto plan. Esta fatalidad consiste en la falta de lógica en las cosas, y Hugo suministra al hombre esa lógica que falta, afirmando así á la Providencia.

Es cosa muy sabida que la poesía y la novela hugianas son tan científicas como lo que más: que sus versos vienen á ser obras tan de propaganda como sus discursos, y sus novelas sociales grandísima observación de todas las clases sociales que están pidiendo regeneración.

Agotados por él, al parecer, cuantos resortes se prestaban á la literatura para que fuese revolucionaria, como lo exigía el siglo, las nuevas generaciones literarias no tuvieron el genio para preservarse del error de utilizar y falsear las teorías hugianas.

Lo que en él fué examen sobre la realidad en ellos es conjetura sobre asuntos mal planteados; lo que en él era observación de los desequilibrios sociales, que son evidentes, en ellos es hipótesis con pretensión de cosa averiguada sobre los desequilibrios del organismo humano; mientras él aplicaba el sentido común, la rectitud de la razón palmaria, como remedio de las injusticias, de las preocupaciones y las leyes, ellos echan sobre el hombre responsabilidades problemáticas y fatalismos quiméricos; él era un profundo sociólogo, ellos son pseudo-fisiólogos; él vigorizaba la razón, ellos reconocen derechos que no tiene á la máquina del hombre; él creía que el mal está en las cosas y que es preciso refor-

mar las cosas, ellos que el mal está en los temperamentos y que los vicios son connaturales; mientras él probaba que el mal es relativo, que nace de las leyes que impone un dado orden de cosas, y que las infracciones de los principios nacen de la tiranía ó del medio viciado en que se realizan los principios, ellos sacan todas las relaciones de una conformación de cráneo ó de una enfermedad heredada: mientras él animaba su propaganda con verdades que están en todas las conciencias, lo que hacía su palabra convincente y demoleadora, ellos basan su escuela en conclusiones de fatalismo orgánico, que la ciencia no ha sentado aún y que no lleva trazas de sentar jamás.—Aquel profundo fisiólogo que tenía la mitad del cerebro deteriorado, hecho una esponja, ¿era sabio con la mitad del cerebro? ¿ó su genio como otros opinan, los Ollibryus y pedantes, provenía precisamente de su horrible enfermedad? *Risum tenentis*.

Las teorías de un sabio como Claudio Bernard, que pondrán á discusión otros sabios, vendrán á servir de base á una literatura de propaganda que debe apoyarse en la evidencia para llegar á la conciencia de todos los hombres?—Las anomalías y vicios orgánicos, sobre los cuales la ciencia no podrá hacer ni hallar la ocasión de hacer, tantas experiencias como se necesitan para sentar principios absolutos, podrán engrosar el caudal de verdades que vienen formando el credo de la conciencia humana desde que existe el hombre?

Víctor Hugo que al decir "No matarás" no hace sino repetir lo que Moisés y todas las filosofías han repetido, tendrá por continuadores y perfeccionadores á los que animan su literatura con las quimeras formuladas por Gall, amplificadas por cuantos especuladores quieran amontonar conjetura sobre conjetura?

Mientras él edificaba sobre la evidencia ¿hemos de educar á la humanidad y construir la sociedad sobre las utopías de sabios envenenados que os explican *todo el hombre* escalpelo en mano?

Mientras la escuela genuina nos habla de verdades por todos sentidos, de pan para los hambrientos, de luz para la ignorancia, de fraternidad entre los hombres, de desecar el pantano sobre que está edificada la sociedad para que se extinga la vegetación horrible de los presidios; y os prueba que el mal es relativo y que destruyendo las funestas combinaciones de circunstancias que lo producen habrá desaparecido el mal mismo, siguiendo en esto el criterio universal, la escuela pseudo-trascendental va á decirnos que todo depende de un virus, de un elemento morboso; de la herencia, del atavismo, etc.; todo lo cual, de una importancia muy dudosa y de certeza muy problemática va á sugerir las páginas de una literatura que como todas las literaturas necesita de la evidencia para ser universal, y que por tanto va á universalizar las hipótesis de sectas científicas y las disquisiciones que no tienen derecho á salir del rincón de lo conjetural. Ya no serán las verdades indiscutibles la piedra de toque en todas las controversias del progreso: la justicia, la verdad, la armonía, la belleza no intervendrán en los problemas de la civilización; quedando sustituidas con la celdilla, la conformación del cráneo, los temperamentos, etc., de todo lo cual no habrá un principio claro, un concepto evidente, una sola verdad que sirva de apoyo á la inteligencia y al corazón humano.

Es, pues, la soñada posesión de una fórmula que resuelve todos los problemas; la pretensión de haber sorprendido los secretos de una ciencia mal formulada y que jamás traspasará las sombras que la limitan, lo que ha dado forma á una literatura reaccionaria y decadente.

De ella nacen novelas cuyos protagonistas podrían asistir al pase de lista de un hospital: personajes nerviosos, mujeres hipnotizables, héroes que poseen en alto grado el poder magnético, tipos del temperamento sanguíneo, del linfático, del bilioso, del nervioso; unos de frente deprimida, otros de cerebelo desarrollado: unos de lóbulos prominentes para la amatividad, otros, para lo adquisitivo; éstos, herederos de un virus que les lleva á tal destino; aquellos, inficionados de un elemento morboso que define la conducta de toda su familia. Los encuentros, las combinaciones de temperamentos y temperamentos; un lóbulo que contiene cierta materia gris y que tiene que vérselas con un cirro de especie determinada; la mucha bilis que se las ha con el exceso de grasa..... hé allí lo que de hoy más va á influir en los hombres! El magnetismo engendra una literatura; la neurosis tendrá, ó más bien, ya tiene su género de poesía especial. Y mientras Charcot hace pacientemente sus experiencias para ver á qué se atiene respecto de sus enfermos, los noveladores desde sus escritorios anticipan, formulan, encarnan las conclusiones, las reducen á principios, explican la sociedad y los actos de los individuos conforme á ellas; con la responsabilidad abolida para siempre, arrancan la inteligencia al hombre, si bien lo satirizan por su embrutecimiento; y después de hacernos comprender con murria y hastío que el hombre es una maquina muy parecida al cerdo, quieren que les agradezcamos la exhibición de flaquezas pintadas según el criterio de esta lógica atroz, y pretenden que aplaudamos el valor y la constancia con que se proponen hacernos hojear el álbum completo de la anatomía social por ellos inventada; la maquinaria por ellos movida, según los efectos premeditados, que debe venir á confirmar lo que su avanzada fisiología, lo que sus utopías científicas requieren sentar como conclusión.

Y hé aquí cómo se bautiza con el nombre de *naturalismo* lo que ciertamente es contra la *naturaleza*; y cómo se llama *realismo* á lo que en verdad no es sino la exposición de una filosofía que está muy lejos de comprender la realidad.

F. GAVIDIA.

## COSTUMBRES PUERTORRIQUEÑAS.

### EL ANDAR DE LAS MUJERES.

Las mujeres, con ese instinto de artistas que las distingue y con el cual embelle-

cen todas las manifestaciones de la vida, han convertido en arte primoroso hasta el movimiento más humilde y pedestre de los cuerpos animados.

Cuando ellas andan, no sólo realizan como nosotros un acto de locomoción natural, sino que lucen al mismo tiempo la gallardía del busto, la flexibilidad del talle, las curvas estatuarías de su contorno, y á veces algún arosomo sutil y graciosísimo de sus diminutos piés.

Por su parte el vestido talar, con sus ondulaciones aéreas, sus pliegues esculturales y su graciosa movilidad, sirve admirablemente para velar con misterioso atractivo los encantos femeniles, y para marcar el paso con dulces movimientos de oscilación.

Cuando se nota bien la diferencia que existe entre el arte de andar y el andar sin arte, es cuando van juntos, por una misma acera, un hombre y una mujer. Mirad al hombre con el talle rígido, más ó menos derecho, moviendo desairadamente uno ó los dos brazos, dando zancadas lentas é irregulares. Sin más objeto que el de ir dejando atrás el camino, y balanceando hacia uno y otro lado la cabeza, como un péndulo al revés. La mujer va derecha, con la cabeza erguida, sin más movimiento en ella que el indispensable para curiosar ó para corresponder al saludo de las personas amigas. Su paso (el de la mujer) es más menudo, más firme y más sereno, y—aun cuando vaya de brazo con el hombre, y sujeto de este modo á las prosáicas irregularidades del paso de su compañero—veréis como imprime á la parte inferior de su talle un movimiento armonioso, acompasado y elegante, que contrasta con el andar desgarrado de aquél.

Lo primero es andar por andar. Lo segundo es andar luciéndose.

Aquéllo es la prosa del movimiento; esto otro es la poesía en acción.

Dentro de este carácter generalmente artístico del andar de las mujeres, hay variedades infinitas y grados de perfección que varían según la edad, la raza y hasta el temperamento de cada una.

Durante la infancia no existe diferencia notable en el andar: niños y niñas andan ó más bien corren y brincan del mismo modo; pero desde esa edad en adelante, la niña va moderando poco á poco sus impulsos de andariega y aprendiendo los primeros compases de la armonía locomotiva. Entra, como si dijéramos en el solfeo del andar, que se va perfeccionando á medida que la niña avanza hacia la juventud.

Es verdaderamente curiosa y rica en detalles de interés esta gradación, apenas perceptible para los que no saben ó no quieren leer en el libro de la naturaleza humana.

Las norte-americanas andan muy de prisa y sin acentuados movimientos de talle. Más que andar, parece que se deslizan con la serena rapidez del patín ó la locomotora.

Las francesas tienen un andar vivo, insinuante y gracioso, y las italianas andan como las matronas y las sacerdotisas del paganismo, con aire ceremonioso y con afectación teatral.

También existen grandes analogías entre el andar de las mujeres y la forma del baile más generalizado en sus respectivos países. El andar de la rusa y de la escandinava tiene cierta trepidación y ligereza de polka; otras varias mujeres del norte de Europa tienen la rigidez de cuerpo y la presteza de piés propias de sus bailes, agitados y rapidísimos, mientras que las meridionales, y muy principalmente las andaluzas, tienen en el andar casi todos los contoneos, los vaivenes y las suaves desviaciones del jaleo andaluz.

En cuanto al andar magestuoso, acompañado y muelle de las puertorriqueñas, claramente se ve que tienen parentesco íntimo con esa célebre danza tan combatida por unos, tan ponderada por otros, y sabrosamente bailada por cencos y apologistas. Tienen la misma elegancia, la misma dulzura, la misma flexibilidad melindrosa, y hasta cierta cadencia muda que hace recordar los sollozos musicales de *La Borinquén* y los retozones girros de *Sí, José*.

Como la historia no refiere precisamente de qué modo andaban nuestras abuelas, no es fácil inquirir si el gracioso andar de las puertorriqueñas de hoy fué causa ó efecto de la danza consabida, si ella nació de él ó él de ella; pero no cabe duda de que el de ella, y de que tienen aire marcadísimo de familia. ¡Al fin son obra artística y primorosa de unos mismos pies!

Mi buen amigo el excelente escritor puertorriqueño D. Salvador Brau ha publicado una hermosa filípica contra la danza de Puerto Rico, y las razones que adujo contra este baile fueron tan lógicas y convincentes que hicieron reflexionar á muchas damas y hasta escamarse á varios padres de familia; pero la cosa parece que aún no ha pasado de ahí ni lleva trazas de pasar.

Yo tengo mucha fe en la eficacia de la verdad escrita, sobre todo cuando se escribe con arte; pero como la danza puertorriqueña (a) *merengue* es la manifestación de una costumbre universal, acomodada á las circunstancias del clima, y al gusto y al carácter propios de este país, mucho me temo que si á la larga llega á modificarse ó á cambiar de forma, que de siempre en el fondo de nuestro baile esa cadencia muelle y voluptuosa que tanto alarma nuestras conciencias de moralistas, mayormente cuando ya nos vamos cansando de bailar.

Y aun suponiendo que lograríamos abolir el *merengue* íntimo y todos los demás bailes afines, subsistiría de seguro para nuestras bellas el *merengue* puertorriqueño del andar, que es un *solo* de la danza bailado sin sentir quizás, pero siempre con ritmo y con arte, y las borincanas seguirán tan campantes y tan magestuosas *haciendo esas de amor por las aceras*, como diría el Maestro Campoamor.

M. FERNÁNDEZ JUNCOS.

"De la Habana Elegante."

### Dichas pasadas.

Recibí tu carta. ¡Qué elegante! qué bien escrita! Cómo viene saturada de inocencias de buena ley, de chistes de buen tono, de aquella gracia inimitable que tú sabes imprimir á todas tus cosas. Dices que me quieres mucho, que todavía no me olvidas y que sólo deseas estar conmigo siempre.

Ay! eres buena como pocas y puedes estar segura de que tu imagen la llevaré mientras viva en lo más íntimo de mi corazón.

Te acuerdas cuando te conocí? Era una tarde nebulosa de invierno. El cielo estaba encapotado. Las nubes del Oriente tomaban un color opalino y empezaban á descender en forma de espirales. Los pájaros entonaban su canción crepuscular para ir á sus nidos, y las hojas de

los árboles parecían recogerse en una quietud inerte. Tarde aquella! Traías en tu cabeza hermosa cinta escarlata, y llevabas un libro lujosamente encuadrado con tafilete de oro. ¿Qué libro era? La María de Isaacs.—Te sentaste en uno de los poyos del jardín y comen-zaste:

"Era yo niño aún... pero yo te interrumpí la lectura, cayendo en tu seno voluptuoso y te dije que la historia de Efraín era mi misma historia.

Seguiste leyendo; llegaste donde María se despide de su amante y una lágrima silenciosa, ardiente como la pasión que sentías, rodó por tus mejillas de rosa.

Luego vino el desenlace, terrible, siniestro como todos los que sienten una verdadera pasión, conclusión triste que deja en el alma no sé qué infinita tristeza, vago presentimiento, algo así como una cosa que se siente pero no se explica.

Ah! la María... te dije, ahí aprenderás á querer, á no engañar como acostumbras, á rendir culto al amor como á una religión.

Pasaron los días... vino luego el olvido, el cansancio, la quietud del alma, el reposo del corazón, y cuando desperté de mi ilusión, de mi embeleso que era todo sueño, ví convertido en cadáver mi felicidad, le abrí una tumba á mi corazón y le puse por epitafio: "Todo muere en el olvido"

Te acuerdas, Rosa? Todo pasa en la vida, como la nube, como la sombra. Sólo tú permaneces fría, inexorable como la estatua en su pedestal.

Desde entonces yo vago solo en el mundo, con la cabeza inclinada al peso de mis desengaños y viendo siempre en brazos de otro el tesoro de mi amor.

Goza y olvídate, mujer ó ángel, lo que seas, que pronto asomará en el oriente la estrella de mi dicha.

La vida se compone de luz y sombras. Tras un día tropical viene una noche tenebrosa.

No te acuerdes del que tanto te amó.

Piensa en el mañana, en el panorama risueño que tienes á tu vista.

Mientras tanto déjame gozar con mis recuerdos, con el bien que pasó, que es muy grato al corazón hojear la historia de mi amor. Siempre te acusé de frágil, de niña en tus actos, de ligera en tus acciones. No sé cómo seas hoy. Hanme dicho que vives feliz, rodeada de todas las comodidades de una vida de princesa.

Nunca maldigas la memoria del ausente; pesa en tu balanza las acciones buenas y las malas, y si el fiel se inclina más á las buenas, oculta tu dolor, mujer, calla tu conciencia, ahoga tu corazón y recuerda allá en tu alcoba, sola, triste, leyendo en todos los objetos que amó mi corazón, la triste historia de mis días.

Goza y olvídate, que más tarde, cuando raye el alba, apenas oirás el canto del ruiseñor y la queja dolorosa de un corazón próximo á expirar.

CHICHO.

## LOS TRES JOROBADOS.

**F**RASE una vez que había en cierta ciudad un anciano, quien por su extraordinaria honradez gozaba de gran reputación en toda la comarca. Y era este honrado anciano padre de una preciosa doncella, que á la bondad y belleza de un ángel unía la discreción y el talento de un sabio.

Ahora bien: tenían un vecino que era en todo y por todo el reverso de la medalla. Era éste un jorobado, encarnación viva de la misma fealdad; su deformación casi se escondía entre las protuberancias de sus gibosos hombros; pescuezo no se le veía ninguno, y era su rostro tan horrible como el genio del mismo Satanás, del cual, sea dicho de paso, participaba en alto grado.

Aconteció con el tiempo que hubo un casamiento entre la hermosa doncella y el jorobado: suceso que escandalizó á todo el mundo.

El que la encantadora y discretísima doncella hubiese hallado para de este monstruo, nada era de extraño; porque si bien de estético otra cosa no había en su persona, lo cierto es que tenía un ojo estético; y este ojo estético del jorobado se fijaba con tanta fruición en las muchachas bonitas como el del hombre más derecho del mundo. Pero lo que causaba verdadero asombro era su audacia y descaro en atreverse á solicitar la mano de este pedazo de cielo, de esta visión del paraíso; aun que, después de todo, tampoco era de extrañarse esto, si nos fijamos en un poder atractivo que poseía el tal jorobado, y que al hacer su descripción olvidamos mencionar. Era rico, inmensamente rico, el más rico de toda la comarca. Esto no sólo explica su atrevimiento al pretender llamar suya á la mejor y más bella de su sexo, si que, también el que la mejor y más bella de su sexo, en vez de despachar á caja destemplada á tan repulsivo pretendiente, hubiese premiado su osadía, accediendo á sus deseos y entregándole su mano.

—Por sensatez, decían las viejas.

—Por amor, decían los jóvenes, por amor á su buen padre; pues no podían considerar como señal de sensatez el casarse con un horrible monstruo, aún cuando fuese dos veces el más rico de la comarca.

¡Infeliz jorobado! No disfrutó un instante de tranquilidad de ánimo después de las bodas. Ni de día ni de noche descansaba, tan grande era su temor de que le escamoteasen á su joven esposa. Nadie era admitido en el castillo, á no ser los que venían á traerle oro, que después de su mujer era lo que más adoraba en el mundo.

Pero sucedió un día que tres músicos, todos jorobados, se presentaron en el castillo, pues todo de acuerdo para divertirse el costa del diforme Creso. Saludáronle como á colega, y en tal concepto exigieron que les obsequiase con un pequeño festín.

Al revés de lo que ellos se esperaban, consintió, y conduciéndolos á la cocina les agasajó con lo más delicado que ofrecía la repleta bodega del castillo. Así que hubieron comido y bebido á sus anchas, los llevó á la puerta, y los despidió; pero no sin antes prevenirles que se guardasen en adelante de poner los pies en aquellos alrededores.

—Tened entendido que la primera vez que descubra á cualquiera de vosotros rondando por aquí, con mis propias manos habré de arrojarle á ese río,—dijo, lanzándoles una siniestra mirada.

Tal amenaza no produjo mayor impresión en los jorobados: la tomaron por una buena ocurrencia partiendo de quien partía. Riéronse á mandíbula batiente, diéronle las gracias

suya, para concebir y darle cuerpo á la idea, la lógica natural que vive en el corazón de todos los idiomas reclama su simplicidad de concepción en la idea, su llaneza ingenua en la forma; su claridad de exposición, su encadenamiento en la urdidumbre de las palabras.

Zola, Dumas hijo, Flaubert, etc., etc., le deben el poder descriptivo mal empleado á que deben su celebridad.

La reacción ha estribado en que la filosofía del maestro ha sido falsificada para combatirle á él y aun sus tendencias.

Él descendió á las últimas capas sociales, á los arrabales, á los presidios, á la alcantarilla, al burdel; hizo hablar en su calor á la miseria; lo exhibió todo; pero hizo todo esto como lo haría la hermana de caridad, guardado y amurallado en una atmósfera de fuego, capaz de purificar todo contacto.

Ahora ved lo que hacen los que lo falsifican: donde él llevó la observación sin sacar consecuencias incongruentes, ellos encuentran las más precipitadas conclusiones: á lo que él aplicó la sola ciencia que pueda avenirse con las bellas letras, la verdad relativa, ellos aplican el criterio que ha sido la plaga de las ciencias de observación, el deducir sin plena prueba, conclusiones absolutas; donde él ejerció el buen sentido de todos los siglos, que toma los datos que suministra la naturaleza interpretada ingenuamente por la razón, ellos ejercen la sutileza anticipando deducciones sobre las que la naturaleza ha guardado profundo secreto: mientras él interpretaba á la Providencia en el idioma murmurado siempre por la conciencia humana, ellos han creado el dialecto salvaje de la fatalidad, que confunde con la teoría de la enfermedad la teoría del remedio.

Ellos han tomado para sí el valor con que él afrontaba las preocupaciones y los intereses enfurecidos de la sociedad mal edificada: Zola sobrevive con estoicismo, según dicen, la protesta universal que despierta en el fondo de la conciencia humana la depresión moral que resulta de su filosofía. Víctor Hugo dió el ejemplo de esta constancia: pero lo que en Zola está sujeto á mil dudas, en Víctor Hugo era evidente: lo que en Zola es tesón de bucanero, en Víctor Hugo era serenidad de apóstol.

La desnudez bíblica, la ingenuidad brusca, resultado de fines altísimos, de lo que podemos llamar un panteísmo espiritualista, era en Víctor Hugo un toque tan accesorio de sus cuadros, que cuando da ese toque, siempre va sometido á una idea que eleva por sobre él el espíritu.

La desnudez, en Víctor Hugo, es un resorte muy secundario: el drama, la pasión, la verdad, esas reverberaciones están siempre sometiendo el detalle al conjunto, como el espíritu debe llevar la brida constantemente á la materia.

En Zola esa desnudez es el procedimiento principal; y eso es la pobreza más evidente de la nueva escuela. Las impresiones que hace le cuestan muy barato. Lo que la Ristori hace con una mirada, el efecto, es conseguido por una bailarina con un salto. Qué distinto es el uno del otro arte! Esto en cuanto al procedimiento literario; queda la cuestión capital y lo que podemos llamar la filosofía de una escuela: el aliento que anima todo un mundo de ideas: la lógica que vincula palabra á palabra, idea á idea, pensamiento á pensamiento, página á página, libro á libro.

Aquí encontramos, como queda apuntado, cierto paralelismo entre la filosofía de los naturalistas y la de sus grandes predecesores.

De una vez por todas descartemos á los decadentes de la cuestión, dedicándoles pocas palabras.

Se conoce el maravilloso lenguaje de Víctor Hugo. Se reconoce además que la forma no es lo principal en sus escritos; sino el vestido necesario á sus ideas. No hay palabra sin idea ni idea sin palabra; pero se distingue en un escrito cuál es lo principal, y es muy posible expresar una idea por el solo objeto de exhibir una palabra. Gran número de decadentes hacen esto. Los peores de ellos son los que sutilizan las ideas y con ellas las combinaciones de las palabras. En Víctor Hugo hay un gran fin, una tendencia gigantesca, un carácter literario, un principio general, un sentimiento madre, que va del detalle al conjunto, del plan de una obra á la estructura de una frase, resultando el todo sorprendente y avasallador porque es sublime y sencillo. La rareza de la expresión es en él puro accidente. Este accidente es el principio de los decadentes. Como no tiene un conjunto de ideas, un todo de concepción á que adherirse, la literatura de los decadentes es un encaje más ó menos chinesco; falta lo principal: la falda. Este encaje es un remedo de aquella menuda vegetación que orla con frecuencia los derrumbaderos de la montaña.

Montaña "cuya sombra" como dice D'Amicis,—alcanza también á los decadentes.

Víctor Hugo ha declarado que en sus tres grandes novelas se ha propuesto denunciar tres fatalidades. La fatalidad religiosa en *Nuestra Señora*; la fatalidad social en *Los Miserables*; la fatalidad de la naturaleza, ó digamos, de los elementos, en *Los obreros del mar*.

De la fatalidad religiosa salió vencido el hombre; de la social y cósmica salió vencedor. Sus demás obras han dilatado este vasto plan. Esta fatalidad consiste en la falta de lógica en las cosas, y Hugo suministra al hombre esa lógica que falta, afirmando así á la Providencia.

Es cosa muy sabia que la poesía y la novela hugianas son tan científicas como lo que más: que sus versos vienen á ser obras tan de propaganda como sus discursos, y sus novelas sociales grandísima observación de todas las clases sociales que están pidiendo regeneración.

Agotados por él, al parecer, cuantos resortes se prestaban á la literatura para que fuese revolucionaria, como lo exigía el siglo, las nuevas generaciones literarias no tuvieron el genio para preservarse del error de sutilizar y falsear las teorías hugianas.

Lo que en él fué examen sobre la realidad en ellos es conjetura sobre asuntos mal planteados; lo que en él era observación de los desequilibrios sociales, que son evidentes, en ellos es hipótesis con pretensión de cosa averiguada sobre los desequilibrios del organismo humano; mientras él aplicaba el sentido común, la rectitud de la razón palmaria, como remedio de las injusticias, de las preocupaciones y las leyes, ellos echan sobre el hombre responsabilidades problemáticas y fatalismos quiméricos; él era un profundo sociólogo, ellos son pseudo-fisiólogos; él vigorizaba la razón, ellos reconocen derechos que no tiene á la máquina del hombre; él creía que el mal está en las cosas y que es preciso refor-

mar las cosas, ellos que el mal está en los temperamentos y que los vicios son conaturales; mientras él probaba que el mal es relativo, que nace de las leyes que impone un dado orden de cosas, y que las infracciones de los principios nacen de la tiranía ó del medio viciado en que se realizan los principios, ellos sacan todas las relaciones de una conformación de cráneo ó de una enfermedad heredada; mientras él animaba su propaganda con verdades que están en todas las conciencias, lo que hacía su palabra convincente y demoleadora, ellos basan su escuela en conclusiones de fatalismo orgánico, que la ciencia no ha sentido aún y que no lleva trazas de sentar jamás.—Aquel profundo fisiólogo que tenía la mitad del cerebro deteriorado, hecho una esponja, ¿era sabio con la mitad del cerebro? ¿ó su genio como otros opinan, los Ollibryus y pedantes, provenía precisamente de su horrible enfermedad? *Risum teneatis.*

Las teorías de un sabio como Claudio Bernard, que pondrán á discusión otros sabios, vendrán á servir de base á una literatura de propaganda que debe apoyarse en la evidencia para llegar á la conciencia de todos los hombres.—Las anomalías y vicios orgánicos, sobre los cuales la ciencia no podrá hacer ni hallar la ocasión de hacer, tantas experiencias como se necesitan para sentar principios absolutos, podrán engrosar el caudal de verdades que vienen formando el credo de la conciencia humana desde que existe el hombre?

Víctor Hugo que al decir "No matarás" no hace sino repetir lo que Moisés y todas las filosofías han repetido, tendrá por continuadores y perfeccionadores á los que animan su literatura con las quimeras formuladas por Gall, amplificadas por cuantos especuladores quieren amontonar conjetura sobre conjetura?

Mientras él edificaba sobre la evidencia ¿hemos de educar á la humanidad y construir la sociedad sobre las utopías de sabios envenenados que os explican *todo el hombre* escalpelo en mano?

Mientras la escuela genuina nos habla de verdades por todos sentidas, de pan para los hambrientos, de luz para la ignorancia, de fraternidad entre los hombres, de desecar el pantano sobre que está edificada la sociedad para que se extinga la vegetación horrible de los presidios; y os prueba que el mal es relativo y que destruyendo las funestas combinaciones de circunstancias que lo producen habrá desaparecido el mal mismo, siguiendo en esto el criterio universal, la escuela pseudo-trascendental va á decirnos que todo depende de un virus, de un elemento morboso, de la herencia, del atavismo, etc.; todo lo cual, de una importancia muy dudosa y de certeza muy problemática va á sugerir las páginas de una literatura que como todas las literaturas necesita de la evidencia para ser universal, y que por tanto va á universalizar las hipótesis de sectas científicas y las disquisiciones que no tienen derecho á salir del rincón de lo conjetural. Ya no serán las verdades indiscutibles la piedra de toque en todas las controversias del progreso: la justicia, la verdad, la armonía, la belleza no intervendrán en los problemas de la civilización; quedando sustituidas con la celdilla, la conformación del cráneo, los temperamentos, etc., de todo lo cual no habrá un principio claro, un concepto evidente, una sola verdad que sirva de apoyo á la inteligencia y al corazón humano.

Es, pues, la soñada posesión de una fórmula que resuelve todos los problemas; la pretensión de haber sorprendido los secretos de una ciencia mal formulada y que jamás traspasará las sombras que la limitan, lo que ha dado forma á una literatura reaccionaria y decadente.

De ella nacen novelas cuyos protagonistas podrían asistir al pase de lista de un hospital: personajes nerviosos, mujeres hipnotizables, héroes que poseen en alto grado el poder magnético, tipos del temperamento sanguíneo, del linfático, del bilioso, del nervioso; unos de frente deprimida, otros de cerebro desarrollado: unos de lóbulos prominentes para la amatividad, otros, para lo adquisitiva; éstos, herederos de un virus que les lleva á tal destino; aquellos, inficionados de un elemento morboso que define la conducta de toda su familia. Los encuentros, las combinaciones de temperamentos y temperamentos; un lóbulo que contiene cierta materia gris y que tiene que vérselas con un cirro de especie determinada; la mucha bilis que se las ha con el exceso de grasa..... ¿hé allí lo que de hoy más va á influir en los hombres! El magnetismo engendra una literatura; la neurosis tendrá, ó más bien, ya tiene su género de poesía especial. Y mientras Charcot hace pacientemente sus experiencias para ver á qué se atiene respecto de sus enfermos, los noveladores desde sus escritorios anticipan, formulan, encarnan las conclusiones, las reducen á principios, explican la sociedad y los actos de los individuos conforme á ellas; con la responsabilidad abolida para siempre, arrancan la inteligencia al hombre, si bien lo satirizan por su embrutecimiento; y después de hacernos comprender con murria y hastío que el hombre es una maquina muy parecida al cerdo, quieren que les agradezcamos la exhibición de flaquezas pintadas según el criterio de esta lógica atroz, y pretenden que aplaudamos el valor y la constancia con que se proponen hacernos hojear el álbum completo de la anatomía social por ellos inventada; la maquinaria por ellos movida, según los efectos premeditados, que debe venir á confirmar lo que su avanzada fisiología, lo que sus utopías científicas requieren sentar como conclusión.

Y hé aquí cómo se bautiza con el nombre de *naturalismo* lo que ciertamente es contra la naturaleza; y cómo se llama *realismo* á lo que en verdad no es sino la exposición de una filosofía que está muy lejos de comprender la realidad.

F. GAVIDIA.

## COSTUMBRES PUERTORRIQUEÑAS.

### EL ANDAR DE LAS MUJERES.

Las mujeres, con ese instinto de artistas que las distingue y con el cual embelle-

cen todas las manifestaciones de la vida, han convertido en arte primoroso hasta el movimiento más humilde y pedestre de los cuerpos animados.

Cuando ellas andan, no sólo realizan como nosotros un acto de locomoción natural, sino que lucen al mismo tiempo la gallardía del busto, la flexibilidad del talle, las curvas estatuarías de su contorno, y á veces algún asomo sutil y graciosísimo de sus diminutos pies.

Por su parte el vestido talar, con sus ondulaciones aéreas, sus pliegues esculturales y su graciosa movilidad, sirve admirablemente para velar con misterioso atractivo los encantos femeniles, y para marcar el paso con dulces movimientos de oscilación.

Cuando se nota bien la diferencia que existe entre el arte de andar y el andar sin arte, es cuando van juntos, por una misma acera, un hombre y una mujer. Mirad al hombre con el talle rígido, más ó menos derecho, moviendo desairadamente uno ó los dos brazos, dando zancadas lentas é irregulares. Sin más objeto que el de ir dejando atrás el camino, y balanceando hacia uno y otro lado la cabeza, como un péndulo al revés. La mujer va derecha, con la cabeza erguida, sin más movimiento en ella que el indispensable para curiosear ó para corresponder al saludo de las personas amigas. Su paso (el de la mujer) es más menudo, más firme y más sereno, y—aun cuando vaya de brazo con el hombre, y sujeto de este modo á las prosaicas irregularidades del paso de su compañero—veréis como imprime á la parte inferior de su talle un movimiento armonioso, acompasado y elegante, que contrasta con el andar desgarrado de aquél.

Lo primero es andar por andar. Lo segundo es andar luciéndose.

Aquello es la prosa del movimiento; esto otro es la poesía en acción.

Dentro de este carácter generalmente artístico del andar de las mujeres, hay variedades infinitas y grados de perfección que varían según la edad, la raza y hasta el temperamento de cada una.

Durante la infancia no existe diferencia notable en el andar: niños y niñas andan ó más bien corren y brincan del mismo modo; pero desde esa edad en adelante, la niña va moderando poco á poco sus impulsos de andariega y aprendiendo los primeros compases de la armonía locomotiva. Entra, como si dijéramos en el solfeo del andar, que se va perfeccionando á medida que la niña avanza hacia la juventud.

Es verdaderamente curiosa y rica en detalles de interés esta gradación, apenas perceptible para los que no saben ó no quieren leer en el libro de la naturaleza humana.

Las norte-americanas andan muy de prisa y sin acentuados movimientos de talle. Más que andar, parece que se deslizan con la serena rapidez del patín ó la locomotora.

Las francesas tienen un andar vivo, insinuante y gracioso, y las italianas andan como las matronas y las sacerdotisas del paganismo, con aire ceremonioso y con afectación teatral.

También existen grandes analogías entre el andar de las mujeres y la forma del baile más generalizado en sus respectivos países. El andar de la rusa y de la escandinava tiene cierta trepidación y ligereza de polka; otras varias mujeres del norte de Europa tienen la rigidez de cuerpo y la presteza de pies propias de sus bailes, agitados y rapidísimos, mientras que las meridionales, y muy principalmente las andaluzas, tienen en el andar casi todos los contoneos, los vaivenes y las suaves desviaciones del jaleo andaluz.

En cuanto al andar magestuoso, acompañado y muelle de las puertorriqueñas, claramente se ve que tienen parentesco íntimo con esa célebre danza tan combatida por unos, tan ponderada por otros, y sabrosamente bailada por censores y apologistas. Tienen la misma elegancia, la misma dulzura, la misma flexibilidad melindrosa, y hasta cierta cadencia muda que hace recordar los sollozos musicales de *La Borinquén* y los retozones gíros de *St. José*.

Como la historia no refiere precisamente de qué modo andaban nuestras abuelas, no es fácil inquirir si el gracioso andar de las puertorriqueñas de hoy fué causa ó efecto de la danza consabida, si ella nació de él ó él de ella; pero no cabe duda de que son parientes, y de que tienen aire marcadísimo de familia. ¡Al fin son obra artística y primorosa de unos mismos piés!

Mi buen amigo el excelente escritor puertorriqueño D. Salvador Brau ha publicado una hermosa filípica contra la danza de Puerto Rico, y las razones que adujo contra este baile fueron tan lógicas y convincentes que hicieron reflexionar á muchas damas y hasta escamarse á varios padres de familia; pero la cosa parece que aún no ha pasado de ahí ni lleva trazas de pasar.

Yo tengo mucha fe en la eficacia de la verdad escrita, sobre todo cuando se escribe con arte; pero como la danza puertorriqueña (a *merengue* es la manifestación de una costumbre universal, acomodada á las circunstancias del clima, y al gusto y el carácter propios de este país, mucho me temo que si á la larga llega á modificarse ó á cambiar de forma, que de siempre en el fondo de nuestro baile esa cadencia muelle y voluptuosa que tanto alarma nuestras conciencias de moralistas, mayormente cuando ya nos vamos cansando de bailar.

Y aun suponiendo que lograríamos abolir el *merengue* íntimo y todos los demás bailes afines, subsistiría de seguro para nuestras bellas el *merengue* puertorriqueño del andar, que es un solo de la danza bailado sin sentir quizás, pero siempre con ritmo y con arte, y las borincanas seguirán tan campantes y tan magestuosas haciendo *escs de amor por las aceras*, como diría el Maestro Campoamor.

M. FERNÁNDEZ JUNCOS.

"De la Habana Elegante."

### Dichas pasadas.

Recibí tu carta. ¡Qué elegante! qué bien escrita! Cómo viene saturada de inocencias de buena ley, de chistes de buen tono, de aquella gracia inimitable que tú sabes imprimir á todas tus cosas. Dices que me quieres mucho, que todavía no me olvidas y que sólo deseas estar conmigo siempre.

Ay! eres buena como pocas y puedes estar segura de que tu imagen la llevaré mientras viva en lo más íntimo de mi corazón.

Te acuerdas cuando te conocí? Era una tarde nebulosa de invierno. El cielo estaba encapotado. Las nubes del Oriente tomaban un color opalino y empezaban á descender en forma de espirales. Los pájaros entonaban su canción crepuscular para ir á sus nidos, y las hojas de

los árboles parecían recogerse en una quietud inerte. Tarde aquella! Traías en tu cabeza hermosa cinta escarlata, y llevabas un libro lujosamente encuadrado con tafilete de oro. ¿Qué libro era? La María de Isaacs.—Te sentaste en uno de los poyos del jardín y comenzaste:

"Era yo niño aún... pero yo te interrumpí la lectura, cayendo en tu seno voluptuoso y te dije que la historia de Efraim era mi misma historia.

Seguiste leyendo; llegaste donde María se despidió de su amante y una lágrima silenciosa, ardiente como la pasión que sentías, rodó por tus mejillas de rosa.

Luego vino el desenlace, terrible, siniestro como todos los que sienten una verdadera pasión, conclusión triste que deja en el alma no sé qué infinita tristeza, vago presentimiento, algo así como una cosa que se siente pero no se explica.

Ah! la María... te dije, ahí aprenderás á querer, á no engañar como acostumbra, á rendir culto al amor como á una religión.

Pasaron los días... vino luego el olvido, el cansancio, la quietud del alma, el reposo del corazón, y cuando desperté de mi ilusión, de mi embeleso que era todo sueño, ví convertido en cadáver mi felicidad, le abrí una tumba á mi corazón y le puse por epitafio: "Todo muere en el olvido"

Te acuerdas, Rosa? Todo pasa en la vida, como la nube, como la sombra. Sólo tú permaneces fría, inexorable como la estatua en su pedestal.

Desde entonces yo vago solo en el mundo, con la cabeza inclinada al peso de mis desengaños y viendo siempre en brazos de otro el tesoro de mi amor.

Goza y olvídate, mujer ó ángel, lo que seas, que pronto asomará en el oriente la estrella de mi dicha.

La vida se compone de luz y sombras. Tras un día tropical viene una noche tenebrosa.

No te acuerdes del que tanto te amó. Piensa en el mañana, en el panorama risueño que tienes á tu vista.

Mientras tanto déjame gozar con mis recuerdos, con el bien que pasó, que es muy grato al corazón hojear la historia de mi amor. Siempre te acusé de frágil, de niña en tus actos, de ligera en tus acciones. No sé cómo seas hoy. Hanme dicho que vives feíz, rodeada de todas las comodidades de una vida de princesa.

Nunca maldigas la memoria del ausente; pesa en tu balanza las acciones buenas y las malas, y si el fiel se inclina más á las buenas, oculta tu dolor, mujer, calla tu conciencia, ahoga tu corazón y recuerda allá en tu alcoba, sola, triste, leyendo en todos los objetos que amó mi corazón, la triste historia de mis días.

Goza y olvídate, que más tarde, cuando raye el alba, apenas oirás el canto del ruiseñor y la queja dolorosa de un corazón próximo á expirar.

CHICHO.

## LOS TRES JOROBADOS.

ERASE una vez que había en cierta ciudad un anciano, quien por su extraordinaria honradez gozaba de gran reputación en toda la comarca. Y era este honrado anciano padre de una preciosa doncella, que á la bondad y belleza de un ángel unía la discreción y el talento de un sabio.

Ahora bien: tenían un vecino que era en todo y por todo el reverso de la medalla. Era éste un jorobado, encarnación viva de la misma tealdad; su deforme cabeza casi se escondía entre las protuberancias de sus gibosos hombros; pescuezo no se le veía ninguno, y era su rostro tan horrible como el genio del mismo Satanás, del cual, sea dicho de paso, participaba en alto grado.

Aconteció con el tiempo que hubo un casamiento entre la hermosa doncella y el jorobado: suceso que escandalizó á todo el mundo.

El que la encantadora y discretísima doncella hubiese hallado favor á los ojos de este monstruo, nada era de extraño; porque si bien de estético otra cosa no había en su persona, lo cierto es que tenía un ojo estético; y este ojo estético del jorobado se fijaba con tanta fruición en las muchachas bonitas como el del hombre más derecho del mundo. Pero lo que causaba verdadero asombro era su audacia y descaro en atreverse á solicitar la mano de este pedazo de cielo, de esta visión del paraíso; aunque, después de todo, tampoco era de extrañarse esto, si nos fijamos en un poderoso atractivo que poseía el tal jorobado, y que al hacer su descripción olvidamos mencionar. Era rico, inmensamente rico, el más rico de toda la comarca. Esto no sólo explica su atrevimiento al pretender llamar suya á la mejor y más bella de su sexo, si que, también el que la mejor y más bella de su sexo, en vez de despachar á caja destemplada á tan repulsivo pretendiente, hubiese premiado su osadía, accediendo á sus deseos y entregándole su mano.

—Por sensatez, decían las viejas.

—Por amor, decían los jóvenes, por amor á su buen padre; pues no podían considerar como señal de sensatez el casarse con un horrible monstruo, aún cuando fuese dos veces el más rico de la comarca.

¡Infeliz jorobado! No disfrutó un instante de tranquilidad de ánimo después de las bodas. Ni de día ni de noche descansaba, tan grande era su temor de que le escamoteasen á su joven esposa. Nadie era admitido en el castillo, á no ser los que venían á traerle oro, que después de su mujer era lo que más adoraba en el mundo.

Pero sucedió un día que tres músicos, todos jorobados, se presentaron en el castillo, puestos de acuerdo para divertirse á costa del deforme Creso. Saludáronle como á colega, y en tal concepto exigieron que les obsequiase con un pequeño festín.

Al revés de lo que ellos se esperaban, consintió, y conduciéndolos á la cocina les agasajó con lo más delicado que ofrecía la repleta bodega del castillo. Así que hubieron comido y bebido á sus anchas, los llevó á la puerta, y los despidió; pero no sin antes prevenirles que se guardasen en adelante de poner los piés en aquellos alrededores.

—Tened entendido que la primera vez que descubra á cualquiera de vosotros rondando por aquí, con mis propias manos habré de arrojarle á ese río,—dijo, lanzándoles una siniestra mirada.

Tal amenaza no produjo mayor impresión en los jorobados: la tomaron por una buena ocurrencia partiendo de quien partía. Riéronse á mandíbula batiente, diéronle las gracias

por su fina hospitalidad y se marcharon alegres como unas pascuas.

¡Pobres jorobados!

Al siguiente día pasaron bailando y cantando por la misma calle.

La aburrida esposa los observó atravesar el puente, y ávida de distracción, les hizo señal de que se acercasen. Olvidando la terminante advertencia del día antes, penetraron en el castillo, é inspirados por la extraordinaria belleza de la castellana, tocaron y cantaron las más alegres tonadas de su repertorio.

De pronto oyóse un golpe atronador á la puerta.

¡Gran Dios! era el terrible, terrible jorobado del castillo!

A no haber sido la joven esposa tan sabia y discreta como hermosa y buena, muy mal la habría pasado, seguramente, pues no era la dulzura distintivo del genio de su esposo, y nadie mejor que ella conocía de lo que habría sido capaz su enfurecido cónyuge al sorprenderla en compañía de estos jorobados á quienes había prohibido la entrada en el castillo.

¡Ah! pero era sabia y discreta nuestra heroína, y al momento se acordó de tres cofres vacíos que había en un cuarto inmediato. En cada uno de éstos estuvo á un jorobado; los cerró, se puso la llave en el bolsillo y abrió la puerta á su impaciente señor.

Entró éste husmeando desconfiadamente; miró de hito en hito á su mujer; volvió á mirarla para asegurarse más, y contoneándose, se encaminó al sitio donde tenía guardados sus talegos. Cerciorado de que mujer y dinero se hallaban aparentemente en el mismo estado en que los dejara antes de salir, desapareció de la escena como había entrado.

Respiró nuestra discreta joven, quien tan pronto como vió cerrarse la puerta tras su amantísimo señor, corrió á poner en libertad á los prisioneros. Pero, ¿cuál no fué su consternación, su horror, cuando al abrir los cofres encontró á los tres jorobados completamente rígidos! ¡Nada en el mundo más muerto que los tres jorobados!

¿Qué hacer? Cualquiera otra joven en su situación se habría vuelto loca de espanto y de horror. No así nuestra heroína. En vez de ceder á la impresión del momento, se esforzó por alejar todo indicio de emoción, y púsose en seguida con la mayor serenidad á escogitar el mejor medio de deshacerse de los cadáveres. Acercándose á la abierta ventana vió pasar á un aldeano que le era ya conocido. Lo llamó.

—Buen amigo, le dijo, ¿queréis hacerlos de algún dinero?—de mucho dinero?

—¡Que sí quiero!—contestó al punto el aldeano, añadiendo luego: Si sólo supiera cómo.

—Os lo diré—replicó ella—Lo que deseo que hagáis no os habrá de tomar arriba de diez minutos, y después, mi buen amigo, este talego será la recompensa de vuestro trabajo; pero habéis de jurar no descubrir á mortal alguno nada de lo que ocurra.

Tentó el oro al aldeano, y juró.

Acto continuo, esta sabia, discreta y adorable joven lo condujo á la alcoba, abrió el primer cofre y le ordenó que se llevase el cadáver y lo arrojase al río.

Obedeció el aldeano, quien pocos momentos después volvió jadeando á reclamar su paga.

—¡Vuestra paga! exclamó la discretísima joven, quien durante la ausencia del patán había cambiado de posición de los cofres, colocando el segundo donde había estado el primero. ¡Vuestra paga! ya la tendréis, buen amigo; pero antes es preciso que la hayáis ganado. Acercáos: ved como está el cadáver todavía en el cofre: Diciendo esto le mostró el segundo jorobado.

Quedó petrificado de asombro el simple rústico.

—¡El gran tunante!—exclamó—¿cómo pudo haberse vuelto? ¿Pues no acabo yo de echarlo con estas manos al río? A brujería me huele esto. Pero no importa: le daré otra zambullida.

Sin sospecharse nada, metió en el saco el segundo jorobado y se marchó, refunfuñando, en dirección al río en cuya corriente arrojó al cadáver, muy satisfecho de que esta vez no se le escaparía.

Mientras esto hacía, la posición de los cofres fué nuevamente trocada, quedando el tercer jorobado en lugar del segundo.

¡Oh! ¿se pasaba de lista nuestra discretísima heroína!

De vuelta por segunda vez el palurdo, la astuta joven le tomó de la mano y conduciéndole al tercer cofre, le dijo con aire cariñoso é insinuante:

—Tenías razón, mi buen amigo no cabe duda: hay aquí brujería. ¿Cuándo se ha visto semejante cosa? Mirad: ¡otra vez el cadáver!

—¡Qué!—gritó el aldeano, cuya paciencia ya se había agotado—¿he de estar yo todo el día cargando con este maldito jorobado, sin conseguir deshacerme de él? ¿Que el diablo le confunda! Pero por más brujo que sea, de ahogarle he aunque vayamos á pique juntos.

Con áspera mano y ya montado en cólera, arrancó del cofre al tercer cadáver, embutiólo en el saco, y al llegar al orilla del río, le ató al cuello una enorme piedra, lo tiró con toda su fuerza al mismo medio de la corriente mientras á voz en grito le ofrecía una felpa como nunca la había recibido en su vida si se atrevía á volver al castillo. Con una carajada de satisfacción vió sumergirse el cadáver, y creyó buenamente que había surtido efecto su amenaza.

Iba entre tanto cayendo la noche, y por la cuarta vez se dirigía el aldeano al castillo, á tiempo que subía las escaleras el dueño; ya había ganado éste la puerta, cuando alcanzando á verle aquel en la oscuridad crepuscular, lo tomó por su inahogable jorobado.

Lanzar una horrible imprecación y abalanzarse sobre él, fué todo uno.

—¡Perro jorobado! ¡vos aquí—gritó, ciego de furor—¿Es posible que no haya medio de ahogaros? ¡Veo que deseáis otra zambullida! ¡Y la tendréis! ¡voto á bríos! la tendréis; pero os juro que será vuestra última!

Antes de que el infeliz jorobado pudiese dar grito alguno de socorro, ya se hallaba en el saco del campesino. Echóselo á cuestras con esa facilidad que sólo da la práctica, y otra vez enderezó sus pasos hacia el río. ¡Oh! ¿cómo forzó el pobre jorobado por libertarse! pero de nada le valió: era de hierro la garra del aldeano.

Trascurrió algún tiempo antes de que éste regresase al castillo; y así que hubo llegado exclamó victoriosamente:

—¡Ea! apostaré mi cabeza á que esta vez no ha vuelto!

—No, ¡Gracias á Dios!

—Gracias á mí, que á no haber sido yo tan listo, tendríais en casa á ese maldito jorobado por cuarta vez! A punto estaba de colarse en el castillo cuando lo atrapé. Ahora venga mi talego, que después de todo, no ha sido fácilmente ganado. A la verdad, pude en el tiempo que emplée haber ahogado á cuatro jorobados.

No era difícil adivinar el verdadero estado de las cosas; pero á lo hecho, pecho, pensó muy cuerdate nuestra discreta viuda, entregando al campesino el prometido talego.

M. J. AMY.

## NOTAS.

DENTRO de poco tendremos el gusto de ofrecer á nuestros amables lectores una revista de salones extranjeros, principalmente de México, Chile y Perú, haciendo relaciones y comparaciones con nuestros modestos sa-raos, figurando como nota saliente la mujer, "clave que cierra con primor la bóveda social."

Al mismo tiempo ofrecemos unos bocetos de las principales flores de nuestro jardín, titulados: "Perfiles josefinos," en los cuales se hará justicia y honor á las bellas prendas de nuestras simpáticas paisanitas.

El autor de estos modestos trabajos es Escalfigero, que siempre ha abogado por la causa de la mujer.

EN este número damos dos vistas del magnífico monumento que se colocará en breve en el Parque Central. Es un grupo en bronce que representa las cinco repúblicas centroamericanas en figura de cinco doncellas armadas, de tamaño mayor que el natural, en actitud de ahuyentar al filibustero Walker.—Este admirable trabajo artístico fué ejecutado en París, donde llamó la atención de los inteligentes y mereció elogios de la prensa. La figura que, empuñando una bandera, ocupa el centro, no representa á Nicaragua, como dijo un periódico extranjero, sino á Costa Rica.—Nicaragua es la joven reclinada en el pecho de Costa Rica.

Las demás Repúblicas están en segundo término, detrás de las dos figuras principales.

AZABACHE, se titula una novela que acabamos de leer, traducida del inglés y publicada por la casa Appleton de New York.

Su autor, la señorita Ana Sewell, la escribió sin pretensiones de ninguna especie y con sencillez y naturalidad encantadoras.

En Inglaterra y en los Estados Unidos se ha vendido cerca de un millón de ejemplares de dicho libro. La Junta de Instrucción Pública de la ciudad de Boston lo adoptó como texto de lectura suplementaria en todas las escuelas y varias personas ricas han contribuido con sumas considerables para repartir gratuitamente la obra entre los que no pueden adquirirla. ¿Qué mérito tiene, pues, *Azabache* para tal favor de los anglosajones? qué clase de novela es? Es simplemente la autobiografía de... un caballero. Hé aquí por qué Inglaterra, el país del *sport*, ha acogido con entusiasmo la obra de la señorita Sewell.

Pero no se reduce simplemente á una fábula ingeniosa y llena de aventuras extraordinarias: es la vida de un potro de raza que como todo en el mundo, recorre la doble escala de la vida, gozando en la primera mitad de fama, consideraciones y cuidados, y descendiendo más tarde, peldaño á peldaño, al abismo del olvido, del desprecio y de la miseria.

En *Azabache* se encuentran, además de consejos excelentes para el cuidado de los caballos, reflexiones morales y ejemplos que predisponen el ánimo á la piedad y á la benevolencia para con los seres inferiores que comparten con el hombre las más rudas faenas, y le hacen llevadera la carga de la existencia.

Aunque la traducción castellana deja algo que desear, es bastante esmerada y puede leerse con agrado.

¡Ojalá que libros de tan sana lectura como el de la señorita Sewell vinieran á sustituir entre nosotros á esa cáfila de novelas corruptoras que tan á menudo vemos en manos de jóvenes de ambos sexos, y que van inculcando el veneno de la perversión moral en nuestra sociedad!

Tipografía Nacional.